

# La Leyenda Negra hoy, entre historia y política

Antoni Furió  
antoni.furio@uv.es

La *Leyenda Negra* ha sido y sigue siendo el pretexto perfecto para que la sociedad española, y de manera particular sus elites políticas e intelectuales, renuncie a proyectar una mirada crítica sobre su propio pasado, ese pasado –próximo o remoto– del que se siente a la vez producto y continuación. Cualquier observación crítica es rechazada al punto como un ataque a España y sus autores acusados de antiespañoles o, siendo ellos mismos españoles, de «españoles renegados». Tal es el calificativo que aplica María Elvira Roca Barea, en su libro *Imperiofobia y Leyenda Negra*, publicado en 2016, a los enemigos interiores de España, desde Bartolomé de las Casas y los críticos con la destrucción de las Indias en el siglo XVI a los arbitristas en el XVII, los ilustrados y afrancesados en el XVIII y principios del XIX, los krausistas a finales del Ochocientos y los republicanos y progresistas en el XX. Porque si la crítica exterior resulta ya, por infundada, injusta e intolerable, vejatoria, la interior es además desleal y felona, antipatriótica. Rechaza así, con solo un adjetivo, el de «renegados», como con un plumazo, toda una noble y notable tradición crítica de más de quinientos años –si nos remontamos a Fadrique Furió y Ceriol y los erasmistas españoles– de pensadores y políticos preocupados por los «males» del país –desde el atraso económico y las desigualdades sociales al oscurantismo religioso y la cerrazón ideológica– y comprometidos en hallarles una solución.

Todos los países –y esto no es ninguna excusa– tienen zonas oscuras en su pasado de las que avergonzarse. Lo estamos viendo estos días, con las manifestaciones que han seguido en todo el mundo a la muerte de George Floyd a manos de la policía de Mineápolis, en Estados Unidos, y que ha puesto de relieve una vez más lo poco que importan todavía las vidas de los negros en un país en el que la segregación racial ha estado vigente hasta hace solo cincuenta o sesenta años. Manifestaciones a las que se han unido también otros grupos étnicos como los hispanos y los nativos americanos, descontentos con la discriminación que siguen sufriendo, y que han desembocado a su vez en la demanda de una revisión crítica del propio pasado que baje de sus pedestales a los generales

confederados, iconos, junto a la propia bandera confederada, del racismo su-  
dista, e incluso a figuras tan emblemáticas como fray Junípero Serra o el mismo  
Colón, representativas, a ojos de los manifestantes indignados, del colonialismo  
y la destrucción de las culturas indígenas, anteriores a la conquista de América  
y la llegada del hombre blanco. Estas acciones iconoclastas se han extendido  
también a Europa, donde se han derribado igualmente las estatuas de esclavistas  
notorios –el traficante Edward Colston en Bristol, el empresario y mecenas  
Antonio López, primer marqués de Comillas, en Barcelona, cuyo monumento  
ha sido retirado por el ayuntamiento–; se han profanado las de otros prohombres  
con todavía mayor proyección pública –como Churchill, bajo cuya estatua  
en la plaza del Parlamento, en Londres, alguien escribió que fue un racista–, e  
incluso se ha llegado a plantear muy seriamente la retirada del monumento a  
Colón erigido al final de la Rambla y frente al puerto en Barcelona. La polémica  
continuará en los próximos meses y años, obligando a cuestionar continuamente  
la escritura de la historia y las relaciones con su propio pasado de las modernas  
sociedades democráticas y postindustriales. Al fin y al cabo, las recientes  
transiciones de la tiranía y la dictadura a la democracia fueron celebradas con  
el derribo de las estatuas de Stalin –y aun de Lenin– en los países de la antigua  
Unión Soviética y de Sadam Hussein en Irak, aunque en España costó más des-  
cabalgar a Franco de sus pedestales por todo el país y aún sigue ahí, entero y  
desafiante, el Valle de los Caídos.

Tras la Segunda Guerra Mundial, Alemania tuvo que lidiar con el legado  
del nazismo y una de las principales fortalezas de la experiencia democrática  
alemana, sin duda una de las más sólidas en Europa, estriba precisamente en  
la forma en que afrontó críticamente ese pasado reciente y pudo construir, más  
que otros países, una sociedad abierta e inclusiva. No es sorprendente que la  
nueva ultraderecha haya germinado sobre todo en la parte oriental, en donde,  
además de unos mayores niveles de desempleo y pobreza, la deconstrucción  
crítica del nazismo no fue tan profunda y vigorosa como en la occidental. Italia,  
aunque con menor entusiasmo y empeño, hizo lo mismo con el fascismo. Y  
Francia ha esperado hasta muy tarde para enfrentarse a sus propios demonios:  
el antisemitismo, el colaboracionismo y el colonialismo. Ha tenido que pasar  
más de medio siglo para que se pudiese hablar sin tapujos, o mejor aún, de ma-  
nera crítica, sobre la presencia francesa en Indochina y Argelia, la guerra sucia,  
el terrorismo de Estado..., y mucho más tiempo aún para desentrañar la eficacia  
y el entusiasmo con que colaboraron las autoridades y buena parte de la socie-  
dad francesa con los ocupantes nazis, en particular en la entrega de miles de  
judíos que fueron conducidos a los campos de exterminio; horrores que habían  
quedado sepultados y medio olvidados bajo el mito de una Resistencia que, en  
realidad, estaba formada por antifascistas de toda Europa y, en gran parte, por  
republicanos españoles.

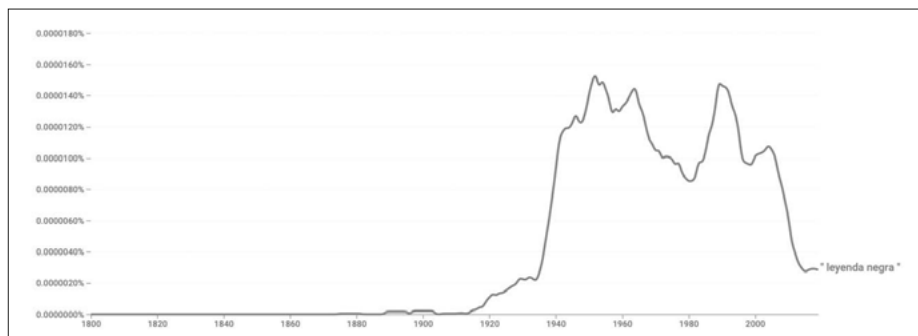
España está tardando más todavía, en buena medida como resultado de la política de amnesia colectiva, de borrón y cuenta nueva, que se impuso en los primeros años de la Transición. Cuarenta y cinco años después de la muerte de Franco todavía hay calles y plazas en España que llevan su nombre, existe una fundación dedicada a ensalzar su figura y su obra y ahí está, ahí está, viendo pasar el tiempo, el Valle de los Caídos, el mausoleo que el propio dictador se hizo edificar como lugar de descanso eterno. Poco a poco la toponimia franquista va desapareciendo del nomenclátor callejero e incluso los restos del generalísimo han sido trasladados a un lugar más discreto, pero las sombras de su legado siguen planeando e interfiriendo sobre la política actual de nuestro país. Los sucesivos gobiernos de Felipe González no se preocuparon, ni siquiera lo intentaron, en los catorce años en que estuvieron en el poder, al principio con una amplia mayoría absoluta, de desmontar ideológicamente el franquismo, de socavar toda su legitimidad, nacida y fundada exclusivamente en la violencia. No es que no se pudiera hablar o escribir sobre el franquismo y la represión, pero solo en ámbitos universitarios y en revistas especializadas, sin una decidida voluntad por parte del Gobierno de trascender estos círculos académicos y contribuir a la formación de una conciencia crítica respecto del pasado más reciente. La ausencia de debate público en torno al régimen que había tenido secuestrados a los españoles durante las cuatro décadas anteriores no solo impidió la creación de los necesarios consensos sobre lo que había sido la dictadura y el efecto negativo que había tenido para la sociedad española, sino que facilitó la obra de rehabilitación emprendida por los gobiernos de Aznar. Hubo que esperar a los de Rodríguez Zapatero para que se promulgase una ley de Memoria Histórica, se empezase –con ayuda de las autoridades públicas– a localizar y excavar fosas comunes y se tuviesen gestos de reconocimiento y reparación con las víctimas y sus familiares.

La historia reciente, y me refiero a la de los últimos noventa años –la Segunda República, la Guerra Civil y la dictadura franquista–, es todavía una historia contestada, en la que resulta difícil alcanzar consensos. No son pocos los políticos que siguen edulcorando las atrocidades del franquismo, presentándolas como respuesta severa pero firme y necesaria frente a la barbarie comunista y en defensa de la civilización occidental, ensalzando los pretendidos logros sociales de la dictadura, como la creación del sistema de Seguridad Social o el acceso a la universidad de los hijos de las clases trabajadoras, y encomiando la ingente labor en obras públicas, con la construcción de puentes, carreteras y pantanos. E incluso no faltan historiadores que ven el origen de la Guerra Civil no en el alzamiento militar de julio de 1936, sino en la revolución de octubre de 1934, instigada por socialistas y separatistas catalanes. En cambio, el pasado deja de ser conflictivo a medida que nos alejamos en el tiempo. Cuanto más mejor, y en todo caso, antes de 1931. Porque cuanto más lejos nos remontemos, mayores posibilidades de imponer un discurso aparentemente neutro y

transversal, basado únicamente en el orgullo de ser español y de lo que fuimos en el pasado. En el orgullo por la propia historia y, por tanto, en el desprecio y la hostilidad contra quienes, desde fuera y, peor aún, desde dentro, la denigran y la ultrajan.

Es en este contexto de rearme ideológico de la derecha española más ultramontana, la que no acepta ni las normas de juego democráticas, que empiezan por el respeto al adversario, ni la integración supranacional en el marco europeo, percibida como un debilitamiento de las esencias nacionales, en el que hay que entender el resurgir actual de la Leyenda Negra. La Leyenda Negra hace tiempo ya que dejó de ser –si es que lo fue alguna vez– objeto de debate historiográfico, al menos en el ámbito académico. Quiero decir que los historiadores se han ocupado debidamente de las críticas vertidas contra la monarquía hispánica en diferentes momentos históricos, situándolas y entendiéndolas como acciones de propaganda política e ideológica en el contexto del enfrentamiento entre potencias rivales por la hegemonía europea o atlántica. Despojar a estas críticas de su historicidad, es decir, de su existencia en una coyuntura histórica precisa, sea la fallida invasión de Inglaterra por la armada de Felipe II o la guerra de independencia de los Países Bajos, y elevarlas a la categoría de inquina genérica e inmanente contra España por parte de países enemigos y envidiosos de sus logros históricos, es ya abandonar el territorio del análisis histórico y entrar en el de la batalla política e ideológica. Porque eso es lo que fue, desde sus orígenes, a caballo de los siglos XIX y XX, la Leyenda Negra, una creación espuria con fines políticos e ideológicos, que aprovechaba las críticas que había recibido y seguía recibiendo España en el exterior –por aquel entonces con motivo de la guerra hispano-estadounidense por Cuba, Filipinas y Puerto Rico– para construir un discurso pasionalmente victimista y autocomplaciente, vindicativo de lo español. Apenas unos años después de la derrota y en plena crisis por la pérdida de las últimas posesiones ultramarinas, Julián Juderías publicaba por entregas en *La Ilustración Española y Americana* un trabajo sobre «La leyenda negra y la verdad histórica», que en aquel mismo año de 1914 y de nuevo en 1917 se reeditaría en forma de libro, inaugurando una nueva serie de escritos apologeticos sobre el ser y la historia de España y su ignominioso e incansable menoscabo por parte de sus enemigos. Con anterioridad a Juderías algunos autores habían utilizado ya el término de Leyenda Negra para referirse sobre todo a la experiencia colonial española. Lo he encontrado en el libro *La España de ayer y la de hoy*, de Emilia Pardo Bazán («Nos acusa nuestra leyenda negra de haber estrujado las colonias. Cualquiera que venga detrás las estrujará doble», p. 79), publicado en 1899, y aun en el primer volumen de los *Anales de la Real Academia Nacional de Medicina*, correspondiente al año 1879 («Las fuerzas anticristianas, a la sombra del confusionismo –hoy se llama guerra fría–, explotaron hábilmente las virtudes hispánicas y tejieron la leyenda negra, necesitando, para una de sus tramas, el mito de la decadencia cultural y científica»),

y seguramente se podrán encontrar otros precedentes. Sin embargo, el prodigioso instrumento que es Ngram Viewer muestra que el uso del término, apenas perceptible hasta mediados de la segunda década del siglo XX, se disparó en los años veinte, tras la publicación del libro de Juderías, para alcanzar su cénit a partir de 1939, en los años cuarenta y cincuenta, decaer desde principios de los sesenta, volver a remontar en los ochenta y desplomarse a partir de los noventa. Hasta ahora.



Las tesis de Juderías encontraron enseguida un amplio eco en el pensamiento político conservador, desde Ramiro de Maeztu a José María de Areilza, que trató de que se identificasen también con la leyenda negra las críticas que recibía el régimen de Franco. Y aún hoy siguen siendo repetidas sin demasiadas variaciones por los nuevos guardianes de las esencias patrias. Algunos de los autores que participan en este dossier, como Patricia Irene Lara Folch, Edgar Straehle y José Luis Villacañas, muestran en sus textos la filiación reaccionaria de este resurgir del victimismo negrolegendario e incluso su vinculación directa con *think tanks* tan beligerantes en este terreno como las fundaciones FAES y DENAES, asociadas respectivamente al PP y a VOX. Se trata de una variante castiza del *rally around the flag*, del involucrarse en la bandera propio del nacionalismo, que apela a los sentimientos más que a la razón para unir a todos en defensa de lo que nos es común frente al enemigo exterior –y también el interior–. El franquismo abusó de ello con su estigmatización de la Anti-España y los malos españoles, pero un discurso tan excluyente ya no resulta aceptable hoy si no se le liman al menos sus aristas más sectarias y so pena de limitar su alcance a los ya convencidos. La gran virtud de la Leyenda Negra es su carácter transversal, su potencial de ampliar la base social de las tesis esencialistas, remontándose a un pasado que ha perdido ya su carácter conflictivo –el anterior a la Segunda República– y en el que las diferencias sociales, políticas e ideológicas se diluyen ante el hecho de compartir la misma historia y también la misma indignación ante los ataques que esta ha recibido por parte de sus enemigos. Es más lo que nos une –una historia imperial exitosa y envidiada– que lo que nos separa –las rencillas partidistas del presente–. Y hay que reconocer que la operación ha

tenido éxito, como lo muestra el hecho de que incluso políticos e intelectuales de izquierdas, algunos tan destacados como Alfonso Guerra y Josep Borrell, hayan caído en el señuelo, encomiando el libro de Roca Barea o participando en su promoción. Pero la batalla ideológica solo aparentemente es sobre el pasado, porque lo que está en juego no es tanto la representación y comprensión de ese pasado cuestionado y vilipendiado, como la hegemonía cultural y política en el presente. La Leyenda Negra no apela tanto al ayer, a la historia, como al hoy, a la confrontación política e ideológica. Del mismo modo que su espejo invertido, la Leyenda Rosa, analizada aquí por Juan Vicente García Marsilla, no deja de ser igualmente una creación del presente, la exaltación de un pasado armonioso –la convivencia entre las Tres Culturas en la Edad Media hispánica– que sencillamente nunca existió.

La Leyenda Negra no tiene existencia real. Difícil decirlo mejor que como lo dice Carlos Martínez Shaw en el texto que encabeza este dossier:

La Leyenda Negra, definida como una conjura internacional organizada contra España valiéndose de la tergiversación sistemática, alargada en el tiempo e intencionadamente negativa de su historia, no tiene existencia real. Es un espantapájaros esgrimido por el nacionalismo español en su vertiente extrema como excusa para ofertar un relato sobre el pasado de España de carácter hagiográfico, con el propósito de buscar un enemigo exterior que permita aglutinar a la mayor parte posible de los ciudadanos tras la bandera de una particular concepción ideológica conservadora o reaccionaria y, por el camino, trazar una línea entre los buenos españoles que aman a su denostada nación y los malos españoles que aceptan e incluso elaboran críticas contra su adorable patria. Una posición que se exacerba cuando la patria está en peligro: antes por la conjuración judeo-masónica y la amenaza del comunismo materialista y ateo, y hoy por la triple tenaza de la pérdida de identidad por la invasión de los musulmanes (e inmigrantes en general), de la pérdida de independencia por la sumisión a las decisiones de la Unión Europea y de la pérdida de la unidad territorial por la rebelión de los catalanes.

Que la Leyenda Negra no tenga existencia real y sea utilizada como espantajo con fines espurios no significa, continúa el profesor Martínez Shaw, que no se base en hechos verdaderos, ya que los diferentes ingredientes que la componen «resultan ser todos ciertos en su origen»: la expulsión de los judíos y los moriscos, el racismo contra los criptojudíos (y los moros y los gitanos), la acción represiva de la Inquisición contra herejes y disidentes, la crueldad de la guerra de Flandes, la destrucción del mundo precolombino, la explotación de la mano de obra indígena, la trata negrera y el trabajo esclavo... Hechos probados documentalmente y a menudo denunciados también por los contemporáneos, empezando por los propios españoles. Que fuesen utilizados por las potencias rivales de España para denigrarla no les resta realidad histórica. Los historiadores hace tiempo que, de manera sosegada y distanciada, los estudian

y tratan de explicarlos. La sociedad española, y en primer lugar sus elites políticas e intelectuales, no debería dejarse embaucar por la superchería de supuestas leyendas negras tramadas por los enemigos de siempre para debilitar a España. Convendría, por el contrario, que ahondase en el conocimiento y en la mirada crítica sobre los aspectos más controvertidos de su propio pasado, como han hecho y hacen, no sin dificultades, las sociedades que se pretenden democráticas. Solo así se podrá dejar de mirar hacia atrás con ira o con vergüenza y construir un presente más inclusivo y tolerante, que no es precisamente el ánimo con que uno se siente al acabar de leer un libro como *Imperiofobia y Leyenda Negra*.

.....  
**ANTONI FURIO** (Sueca, Valencia, 1958) es catedrático de Historia Medieval en la Universitat de València. Fue director de Publicacions de la Universitat de València durante más de una década y codirige la revista *L'Espill* junto a Gustau Muñoz. Es autor, entre otros libros, de *Camperols del País Valencià* (1982), *Història del País Valencià* (1995), *El rei Conqueridor. Jaume I entre la història i la llegenda* (2007) y coeditor de *Historia de las Españas. Una aproximación crítica* (2015)..